

Tentación III.I

JENNIFER RODRIGUEZ



Capítulo 1

El sonido de sus pasos retumbó contra la piedra de los adoquines. Una neblina se alzaba desde el suelo recorriendo las frías calles de Londres; aquellas que a la luz del día resultaban bulliciosas y casi intransitables, al caer la noche se transformaban en peligrosas trampas silenciosas. Caminar por ellas a esa hora significaba hacerlo con cada uno de los sentidos en alerta. Cualquier esquina o callejón podría ser el escondite perfecto para algún rufián que buscara llenarse los bolsillos esa noche; a pesar de estar en la zona este y en uno de los mejores barrios, toda precaución terminaba siendo poca.

Sus pasos lo guiaban a través de las calles. Sin el mayor de los esfuerzos, sin darse cuenta, en un momento había llegado a su destino; a aquella enorme casa de estilo Isabelino, decorada con piedras rojas y blancas, que se alzaba imponente entre los demás edificios. La casa pertenecía a la duquesa, que había cobijado a su sobrina tras haberse ido de la mansión. En silencio se apoyó contra la esquina de una fachada, cubierto por las sombras de la noche. Un rápido vistazo a su reloj de bolsillo le confirmó la hora (las doce en punto) y aún había luz en algunas partes de la casa. Buscó en silencio la ventana, de la cual a esas alturas ya estaba seguro que le pertenecía, y una ladina sonrisa se dibujó en su sensual rostro al comprobar que ahí también había luz. Aún estaba despierta, había llegado a tiempo para, con suerte, poder verla. Hacía un mes había regresado a Londres, aunque cada una de esas noches las había pasado en aquella esquina fría y húmeda, en vez de en su club White Gentlemen's, junto al cálido fuego. El estado de nerviosismo constante y el insomnio lo obligaban a permanecer cada noche allí, porque hacerlo, era como estar más cerca de ella.

Cuando April se fue, él se había enclaustrado en su propiedad, obligándose a trabajar de sol a sol, con la única esperanza de que cuando cayera en la cama, llegara tan cansado que no le fuera factible pensar o sentir. Con el paso de los meses comprendió que daba igual cuántas horas trabajara, porque a pesar de estar a miles de kilómetros de ella, April siempre estaba ahí, en su cabeza, en su corazón. Numerosas preguntas lo asaltaban a lo largo del día: ¿estará bien?, ¿qué estará haciendo?, ¿habrá salido o estará en casa?, ¿pensaba aún en él?... aquello se había convertido en un bucle, uno del cual no podía salir. Lo martirizaban las palabras que ella le había escrito en aquella carta la mañana en la que se marchó. Lo atormentaban hasta tal punto que había memorizado cada una de ellas, permitiendo que éstas acuchillaran una y otra vez su cordura. En un primer momento al leerlas, quiso ir en su busca, contarle lo que había sucedido, pero él sabía lo que ella anhelaba, lo había entendido con aquellas palabras; aquello era algo que para cualquier persona no costaría nada, pero a él le costaba la vida entera. Ella deseaba algo tan simple como la "sinceridad" y para ser honesto consigo mismo, después de como

la había tratado, sabía que ella no se merecía nada menos que eso, pero expresarlo, verbalizar lo que sentía, lo hacía más real pero no por ello menos aterrador...

Sabía que todo lo sucedido no podría repararlo con una simple disculpa porque era muy consciente de que la había tratado muy mal; jamás la culparía por haber tomado la decisión de marcharse, tenía mil motivos para hacerlo ya que su actitud le había hecho mucho daño. Probablemente si él hubiera estado en su pellejo, no hubiera soportado tanto. Él se habría marchado mucho antes.

A sabiendas de este hecho, ¿con que cara le decía que la amaba?, ¿cómo decirle que aquellas palabras cargadas de indiferencia eran pura fachada? Porque en realidad se moría por ella, en el fondo le asustaba lanzarse al vacío, exponerse a las críticas, comprometer mucho más que su razón y, a pesar de ello, después de haber arriesgado, después de haberse entregado de aquella manera, rompiendo todo aquello que hasta ese momento lo mantenía atado, perder su corazón. Temía empezar algo de verdad y que aquello con el tiempo terminara, porque sabía que aquella mujer podría destrozarlo con demasiada facilidad. Ella había logrado llegar a una parte suya, una que él mismo desconocía, logrando despertar en él unos sentimientos tan profundos que lo asustaban. No podía evitar sentir que su vida se había congelado en el instante que ella se marchó, quedando enganchado a aquellas emociones que le hacían vivir de recuerdos. La impotencia lo invadió. Se sentía al borde de un abismo queriendo decir todo aquello que no lograba decir. Inesperadamente una idea cruzó su cabeza. Tal vez pudiera hallar una manera de expresar todo aquello que deseaba, sin que los nervios lo dominaran. Si pudiera escribirle una carta, aquella sería la solución a sus problemas. En ella podría expresar todo lo que a la cara se veía incapaz de pronunciar; si lo pensaba con cuidado, aquella era la mejor solución ante aquel dilema, ya que era incapaz de parar de prometerse así mismo que mañana lograría encontrar el valor para hablar con ella, para acercarse, para decirle... y al día siguiente se descubriría, volviendo a hacerse exactamente la misma promesa, retrasando infinitamente aquel hecho.

En realidad todo aquello era una mera excusa consigo mismo, pues no encontraba el arrojo suficiente para poder hacerlo. Anthony sabía que no podía postergarlo mucho más. April parecía haber empezado a rehacer su vida, a frecuentar otro tipo de compañías y aquello lo estaba desquiciando porque sentía que el control de la situación se le escurría entre los dedos. Cada día que dejaba pasar, era un día más que la alejaba definitivamente de él y Anthony no estaba dispuesto a que eso sucediera, no podía perder dos veces a la misma mujer, no al menos sin haberlo intentado de verdad.

Aquella misma mañana, el valor lo había embargado y el deseo de hablar había sido tan incontrolable que por primera vez decidió correr realmente

el riesgo; así que recorrió aquel camino que se había convertido en algo tan familiar para él, hasta aquella casa de estilo Isabelino. Había esperado horas hasta conseguir finalmente poder verla y en el instante en el que lo hizo, se detuvo a unos metros de ella. Aquella distancia, aun siendo pequeña, parecía enorme. Fue inevitable no desearla en aquel instante.

Sin darse cuenta contuvo el aire a la expectativa de su reacción, mientras su corazón se aceleraba fuertemente, sus miradas se encontraron colisionando en un segundo. Los nervios lo dominaron, la impaciencia y la inseguridad comenzaron a azuzarlo, consiguiendo bloquearlo; haciendo que todo aquel valor que lo había llevado hasta allí, finalmente se esfumara. Fue incapaz de esperar a que ella se acercara, así que en un descuido por su parte, él desapareció. Sin darle la menor oportunidad a ella de reaccionar en aquel segundo, no se veía capaz de dominar aquella situación y dejó que aquellos monstruos disfrazados de miedo, lo engulleran. Mientras se alejaba de aquel lugar, el caos se apoderaba de él. Lo invadió el alivio momentáneo por alejarse de una situación que lo tenía exaltado, pero que en un segundo, se transformó en una sensación profunda de cobardía; pues después de todo había llegado aquella mañana hasta allí y sin embargo, no pudo concluir aquello que había iniciado, aquello que tanto deseaba... y ahora que había emprendido el camino de regreso a casa, ahora que la distancia física entre ellos era mayor, el arrepentimiento por haberse marchado lo invadía. En su interior no podía evitar sentir un muro. Un muro que era imposible derrumbar. Deseaba hacerlo con todas sus fuerzas pero en realidad no sabía cómo.

Una necesidad abrumadora lo había empujado de manera especial aquella noche. Deseando poder verla aunque fuera por un momento, su torturada conciencia espoleada por la culpa, lo hacía no moverse de aquella calle hasta conseguir su objetivo. Las luces de la casa comenzaron a apagarse poco a poco y la de ella continuó encendida. Tratando de ser lo más discreto posible, miró a ambos lados para asegurarse que no hubieran miradas indiscretas. Cuando comprobó que estaba solo en aquella calle, se ajustó la capa y cruzó de acera.

Se aproximó a la casa. Ésta poseía un muro de ladrillos no muy bajo, pero si lo suficientemente alto como para guardar la privacidad del interior. Sin mucho esfuerzo consiguió saltarlo y entrar en la propiedad, arropado por la oscuridad de la noche. Se movió por el jardín hasta el lateral de la casa y ahí permaneció oculto entre las sombras. La ventana del balcón estaba abierta y dentro de la habitación había aun luz. Se agazapó más contra el muro para evitar ser visto, mientras observaba el balcón deseando con todas sus fuerzas poder verla.

April miraba absorta su reflejo, envuelta en la maraña de pensamientos que la abstraían. La luz de la vela le arrancaba reflejos castaños a su pelo, mientras deslizaba el peine distraídamente sobre él. Era imposible hacer desaparecer de su cabeza lo ocurrido aquella misma mañana: en plena

calle hubiera jurado verlo, por un segundo, por un instante; su corazón se aceleró como hacía mucho tiempo que no hacía, los nervios comenzaron a dominarla y su respiración se tornó agitada. En un primer momento las dudas la embargaron, pues no sabía si se trataba de él; así que intentó observarlo mejor a pesar de sentir el peso de su ardiente mirada.

En aquellos minutos en los que se permitió pensar que aquello era real, el temor la embargó, pues no sabía qué pasaría si ella se acercaba... tal vez ¿él huiría? Después de todo Anthony ya era un experto en eso, lo había hecho durante mucho tiempo. Ella siempre lo había considerado un hombre valiente, pero cuando se trataba de sentimientos... sus acciones no eran las mismas.

Pero ¿y si estaba equivocada?, y si aquello solo fuera producto de su imaginación, que se negaba a sacarlo de su mente? Después de todo era muy fácil borrar la delgada línea que separaba la imaginación del deseo.

El más leve de los descuidos bastó para que él se esfumara. Desapareciendo en la nada, April fue incapaz de no sentir aquella soledad desgarradora que la hacía experimentar un vacío tan inmenso en el pecho, que era imposible de sobrellevar. La cruda realidad cayó sobre sus hombros despiadadamente.

Aquella vez, como otras tantas, había terminado siendo producto de su imaginación. Una imaginación que a cada día que pasaba, le acarreaba más problemas; tal vez porque lo deseaba, deseaba profundamente que fuera él de verdad, porque eso haría sus más secretos anhelos realidad. Se había esforzado en olvidarlo durante todo aquel tiempo, pero la realidad era que no lo hacía. Cada día, cada mañana, el sol salía y la vida continuaba, y ella se sumergía en un millar de actividades tratando de no pensar, de no sentir, de no extrañar, de no desear..., pero cuando llegaba la noche y se acercaba la hora de regresar a casa, la tristeza se apoderaba secretamente de ella. April sabía que vivir así, a medias, vivir de aquella manera sin él, no era vivir. En el fondo deseaba un cambio, uno que jamás se daría.

De repente se detuvo dejando el peine a un lado. Suspiró profundamente. Mecánicamente abrió un cajón del tocador, sacando de este un libro de cuero verde, abriendo su tapa y pasando ágilmente sus hojas; encontrando en segundos aquello que andaba buscando. Del interior de las páginas extrajo un recorte de prensa. Era una foto suya que se había publicado recientemente. La observó con atención mientras sin poder evitarlo, la tristeza la embargó. No podía vivir de sueños y anhelos, atada a un pasado que no volvería; por mucho que lo deseara, por mucho que lo anhelara, aunque fuera duro de asimilarlo, él había tomado su decisión hacía mucho y ella lo conocía. Lo hacía tan bien que sabía que era un hombre de ideas fijas. Jamás cambiaría de opinión por mucho que ella deseara que eso sucediera pero, después de todo ¿por qué cambiar de

parecer? No había nada lo suficientemente poderoso como para obrar aquel hecho, pues ella había dejado de ser importante para él hacía mucho. Él se había esforzado en demostrárselo una y otra vez, con cada palabra afilada, con cada frase vacía, con aquella actitud fría, que la hacía sentir que aquel hombre, aquel tempano de hielo, era incapaz de desprender la más mínima emoción alguna. Anthony se había convertido en un completo extraño ante sus ojos y ella no podía hacer nada al respecto. Él jamás la buscó para intentar arreglar las cosas, pues realmente eso es lo que se hace cuando alguien te importa; en cambio, había decidido olvidarla, continuar con su vida como si ella jamás hubiera existido, como si aquello que algún día había vibrado entre ellos en silencio, hubiera caído en el olvido.

Su vida había mejorado sin duda alguna desde que ella no estaba. Ahora tenía un título, era apreciado en la sociedad, tenía dinero... En las ocasiones en las que se imaginaba cómo estaría y qué es lo que estaría haciendo, era inevitable no pensarlo feliz con Estefany; viviendo la vida que siempre quiso vivir, teniendo esa tranquilidad que, en el fondo, siempre había anhelado tener. En aquellos breves minutos en los que eso sucedía, ella era incapaz de descubrir cómo poder respirar sin que aquello doliera, sin que esas imágenes quemaran en su corazón... ¿cómo lograr respirar cuando has perdido a la mitad de tu alma y para esa mitad no significas nada? En silencio volvió a abrir el libro, dejó la foto entre sus páginas, colocándola nuevamente en su lugar. Se quedó varios segundos observando su imagen a través del cristal. Los ojos le ardían por las lágrimas que trataba de no derramar. Se levantó de golpe saliendo al balcón, tratando de que el frío aire nocturno apaciguara aquellas emociones. Ella se consideraba una mujer fuerte, pero la realidad era que aquel hombre era su talón de Aquiles...

April era incapaz de apartar de su mente aquella pregunta que no dejaba de hacerse una y otra vez: ¿qué hubiera sucedido si en realidad hubiera sido él? Inspiró profundamente y cerró los ojos con fuerza ante aquel hecho, pues en realidad aquel acto de valor la hubiera hecho amarlo mucho más. Aquella verdad indiscutible era descorazonadora, pues amaba profundamente a alguien que jamás la correspondería. Secándose los ojos húmedos por la lágrimas que se le habían escapado casi sin darse cuenta, respiró profundamente tratando de controlar sus muy crispados nervios mientras volvió nuevamente al interior del cuarto, apagó la luz y se metió en la cama profundamente convencida de que el sueño podría alejar de su mente a aquel hombre de ojos verdes. Sin darse cuenta cayó en un sueño profundo y la oscuridad la engulló.

Si en algún momento había pretendido tranquilizar a los demonios que lo azuzaban, por lo ocurrido aquella mañana y después de haberla visto, había conseguido justo el efecto contrario. Su instinto le gritaba que a todas luces ella no estaba bien y aquello le preocupaba y alarmaba a partes iguales. Siempre había tenido la capacidad de percibir como estaba

tan solo con observarla y, en esa ocasión, aquello no sería una excepción; era imposible pasar por alto la tristeza de su mirada, su semblante compungido, la tensión de su cuerpo... algo muy dentro de él le gritaba que tenía que mover ficha cuanto antes, porque si no lo hacía, la escasa oportunidad que tenía de solucionar aquel asusto, se volatizaría en sus manos.

El reloj de pared del salón dio las cuatro y su tañido se extendió como un eco por toda la casa. April se sentó de golpe en la cama. Su corazón acelerado amenazaba con salirse de su pecho. La agitación le recorría el cuerpo, ya que aún le temblaba por la excitación. Había vuelto a soñar con él tal y como cada noche lo hacía, en aquel instante comenzaba a pensar que aquello se había convertido en una obsesión. Anthony había vuelto a colarse en sus sueños, recorriendo su cuerpo, besando su piel, acariciando con sus manos ágiles y expertas aquella entrada húmeda de su cuerpo.

Sus ojos. Aquellos malditos ojos verdes la miraban ardiendo por la pasión y ella..., ella se desmoronaba como un castillo de naipes entre sus cálidos brazos de una manera profundamente licenciosa. Aquellos sueños eran tan reales, tan nítidos, tan vívidos, que casi podía sentir el tacto de su piel. Al despertar siempre lo hacía de golpe y entonces se percataba de que se había acariciado ella misma mientras dormía. Apartó con decisión las sábanas y el aire frío chocó con su piel húmeda por el sudor. Se bajó de la cama y se acercó a la ventana. Suspiró cansada y apoyó su frente contra el frío cristal. Aún cerraba los ojos y si se esforzaba podía sentir el calor de su aliento en la piel... Tenía que desterrar aquellas imágenes de su mente o jamás hallaría la paz, pero ¿cómo hacerlo?

Aquel hombre era adictivo como la más potente de las drogas, su corazón había comenzado a ralentizarse y su reparación comenzaba a normalizarse. A pesar de ello, aún estaba profundamente excitada y eso no podía hacerlo desaparecer por mucho que quisiera, pues esa noche, como otras tantas, solo había soñado con él.